

ción, mi reputación!»—exclama Casio deshonrado.—
«¡Bah!—dice Yago.—Eso son palabras. Al oír vuestros gritos, creí que os habían herido en alguna parte.» En cuanto á la virtud de las mujeres, la trata como hombre que ha alternado con traficantes de esclavos. Juzga el amor de Desdémona como juzgaría el de una yegua: eso dura tanto; después... Y expone sobre la materia una teoría experimental con pormenores minuciosos y expresiones crudas. Desdémona, tratando de olvidar su ansiedad en la playa, le ruega, por distracción, que le haga el elogio de las mujeres. No encuentra para cada retrato más que injurias. Ella insiste, y le dice que suponga una mujer verdaderamente perfecta. «Esa—responde Yago—no sirve más que para amamantar imbéciles.»—«Noble dama—dice otra vez—no me pidáis que alabe á nadie, porque yo no soy nada cuando no critico.» Esta frase da la clave de su carácter. Desprecia al hombre; Desdémona es para él una niña lasciva; Casio un galano parlanchín; Otelo un toro furioso; Rodrigo un asno á quien se hace andar á palos. El se divierte en empujar esas pasiones, y se ríe como en una comedia. Cuando Otelo desvanecido palpita convulso, se recrea en ese hermoso espectáculo. «Obra, droga mía, obra! Así se coge á estos crédulos imbéciles.» Parece verse á un envenenador de la época examinando el efecto de una nueva poción en un perro agonizante. No dice más que sarcasmos; los tiene para todo el mundo, aun para las personas que no conoce. Cuando despierta á Brabancio para anunciarle el rapto de su hija, le cuenta el caso á gritos en términos de cuartel, aguzando la punzante ironía: es como un verdugo concienzudo que se frota las manos al oír gritar á la víctima. «¡Eres un miserable!—le dice Brabancio.—Y

vos... un senador.» Pero el rasgo que acaba de retratarle y le coloca al lado de Mefistófeles es la verdad atroz y el vigoroso razonamiento con que equipara su maldad á la virtud (1). Casio, por consejo suyo, va á ver á Desdémona, que le obtendrá el perdón; esa visita será la pérdida de Desdémona y de Casio. Yago, al quedarse solo, tararea por lo bajo un instante, y después exclama: «¿Quién es el que dice que obro como un villano? Este consejo es leal, honrado, razonable, el único medio de reconquistar el favor del moro.» Añádase á todos estos toques una fantasía diabólica, una invención inagotable de imágenes, de caricaturas y de suciedades, un tono de cuerpo de guardia, ademanes y gustos brutales de soldado, hábitos de disimulo, de sangre fría, de odio y de paciencia, contraindicios entre los riesgos y astucias de la vida militar, en medio de las miserias continuas de una larga humillación y de una esperanza defraudada; añádase esto, y se comprenderá cómo ha podido Shakspeare transformar la perfidia abstracta en una figura real, y por qué la venganza atroz de Yago no es más que una consecuencia necesaria de su temperamento, de su vida y de su educación.

VIII

¡Cuánto más visible aún es ese genio apasionado y desenfrenado de Shakspeare en los grandes personajes que llevan todo el peso del drama! Imaginación

(1) Véase el mismo cinismo y el mismo escepticismo en *Ricardo III*. Los dos empiezan por difamar á la naturaleza humana, y son misántropos á toda prueba.

espantosa; furiosa velocidad de ideas múltiples y exuberantes; la pasión desencadenada, precipitándose en la muerte y en el crimen; las alucinaciones, la locura, todos los estragos del delirio suelto que atropella la voluntad y la razón: he ahí las fuerzas y los furiosos de que están compuestos. ¿Hablaré de esa deslumbradora Cleopatra que envuelve á Antonio en el torbellino de sus caprichos é invenciones, que fascina y mata, que lanza al viento la vida de los hombres como un puñado de arena de su desierto, hada fatal de Oriente que juega con la muerte y el amor, impetuosa, irresistible, criatura vaporosa é inflamada, cuya vida no es más que una tempestad, y cuyo pensamiento parece un centelleo continuo de relámpagos? ¿Hablaré de Otelo, que, obsediado por la imagen viva del adulterio físico, grita á cada palabra de Yago como un hombre puesto en la rueda; que, con los nervios endurecidos por veinte años de guerras y de naufragios, delira y se desmaya de dolor, y cuya alma, envenenada por los celos, se desquicia y desorganiza entre convulsiones y en fuerza de estupor? ¿Hablaré del rey Lear, el viejo violento y débil, cuya razón medio perturbada se trastorna poco á poco con el choque de traiciones inauditas; del hombre que ofrece el horrible espectáculo de la locura creciente y á la postre completa, de las imprecaciones, de los alaridos, de los dolores sobrehumanos, de la exaltación que arrebató al paciente en los primeros accesos, y luego de la incoherencia tranquila, de la imbecilidad locuaz, cuando vuelve á sentarse rendido; creación asombrosa, supremo esfuerzo de la imaginación pura, enfermedad de la razón que la razón jamás hubiese podido figurar? Entre tantos retratos, elijamos dos ó tres para indicar la profundidad y la especie de los

restantes (1). El crítico se pierde en Shakspeare como en una población inmensa; describe dos monumentos y ruega al lector que conjeture la ciudad.

El Coriolano de Plutarco es un austero patricio, friamente orgulloso, y un general de ejército. En manos de Shakspeare se ha convertido en un soldado brutal, en un hombre del pueblo por su lenguaje y sus costumbres, en un atleta de batallas, «cuya voz retumba como un tambor», y cuyos ojos se inyectan de sangre y de cólera cuando le contradicen, en un temperamento terrible y soberbio: alma de león en cuerpo de toro. El filósofo Plutarco le atribuía una bella acción filosófica, diciendo que cuidó de salvar á su huésped en el saqueo de Corioles. El Coriolano de Shakspeare tiene sin duda la misma intención, porque en el fondo es un hombre excelente; pero, cuando Laercio le pregunta el nombre de ese pobre volscó para mandar ponerle en libertad, responde bostezando: «¡Por Júpiter, le olvidé! Estoy cansado... Anda muy fatigada mi memoria. ¿No hay vino por aquí?» Tiene calor; se ha batido; siente necesidad de beber; deja á su volscó, y no vuelve á pensar en tal cosa. Se bate como un jayán, gritando y vomitando injurias, y los clamores que salen de aquel profundo pecho descuellan sobre el tumulto de la batalla como los trompetazos de un clarín de bronce. Ha escalado las murallas de Corioles, ha matado hasta atracarse de carnicería. Acto continuo emprende la carrera hacia el otro ejército, y llega rojo de sangre como un hombre «desollado». — ¿Llego demasiado tarde? — ¡Marcio! — ¿Llego demasiado tarde? La batalla no se

(1) Véase también en Timón, y sobre todo en Hotspur, el ejemplo de la imaginación vehemente y desatentada.

ha dado aún. Entonces abraza á Caminio «con brazos tan vigorosos como aquellos con que estrechó á su mujer el día de la boda, y con el corazón tan gozoso como entonces». Es que la batalla para él es una fiesta. Esos sentidos y ese cuerpo de atleta necesitan de los gritos, del fragor de la pelea, de las emociones de la muerte y de las heridas. Ese corazón orgulloso é indomable necesita de los goces de la victoria y de la destrucción. Ved aparecer esa arrogancia de noble y esas costumbres de soldado, cuando le ofrecen el diezmo del botín:

«Gracias, general; pero mi corazón no puede avenirse á tomar un salario para pagar mi espada.»

Los soldados gritan: ¡Marcio! ¡Marcio! y suenan las trompetas. El héroe monta en cólera; maldice á los vocingleros:

«¡Basta, digo! ¡Porque no me lavé la nariz que sangraba, ó porque tumbé algunos pobres diablos, me aclamáis rabiosamente, como si fueran plato de mi gusto las alabanzas sazonadas de mentiras!»

Se ven reducidos á colmarle de honores; le dan un caballo de guerra; le conceden el sobrenombre de Coriolano, y todos gritan: ¡Cayo Marcio Coriolano!

«Voy á lavarme; y cuando tenga limpia la cara, veréis si me sonrojo ó no. Pero, gracias de todos modos. Montaré vuestro caballo.»

Ese vozarrón, esa risotada, esas brusquedades de un hombre que sabe obrar y gritar mejor que hablar, anuncian de qué modo va á tratar á los plebeyos. Los abruma á injurias; no encuentra bastantes insultos contra aquellos zapateros y aquellos sastres, cobardes envidiosos, puestos de rodillas delante de un escudo. «¡Enseñarles mis heridas, solicitar sus votos hediondos, mendigar de Juan y de Pedro!» Hace falta para

ser cónsul, y á ello le obligan sus amigos. Entonces es cuando el alma apasionada, incapaz de dominarse, tal y como Shakspeare la sabe pintar, estalla por entero. El hombre se presenta como candidato rechinando los dientes, y prepara de este modo su solicitud:

«¿Qué es lo que debo decir?»—«Señor, yo os suplico...»—«¡Maldición! Jamás podrá acomodarse á esto mi lengua.»—«Ved, señor, mis heridas; las he recibido al servicio de mi país, cuando alguno de vuestros cofrades bramaban de miedo, y corrían sólo de oír el ruido de nuestros propios tambores.»

A los tribunos no les cuesta mucho atajar la elección de un candidato que solicita en ese tono. Le zahieren en pleno Senado, le echan en cara su discurso sobre el trigo. El al momento le repite y le agrava. Una vez desatado, no hay peligros ni súplicas que le contengan. «Lleva el corazón en la boca. Olvida haber sido jamás el nombre de la muerte.» Denosta al pueblo y denosta á los tribunos, magistrados del arroyo, aduladores de la canalla. «¡Basta! (le grita Menenio).—¡Sí: basta y sobra! (dicen los tribunos).—¿Qué sobra? Allá va esto aún, y que todo lo divino ó humano porque puede jurarse, selle lo que voy á decir: Abolid esa magistratura; arrancad esa lengua de la muchedumbre. Que no laman más la miel que es su veneno. Hundid su poder en el polvo.» El tribuno grita traición, y quiere prenderle.

«¡Fuera de aquí, cabra vieja! ¡Fuera de aquí, podredumbre, ó te sacudo hasta que salgan los huesos por la ropa!»

Le pega, y echa al pueblo del recinto; se cree entre los volscos. «En un buen terreno tumbaría á cuarenta.» Y cuando se le llevan, todavía amenaza y «habla

del pueblo, como si él fuese un dios elegido para castigar, y no un hombre mortal como ellos».

Se doblega, sin embargo, ante su madre, porque ha reconocido en ella un alma tan altiva y un valor tan indomable como el suyo. Ha sufrido desde la infancia el ascendiente de ese orgullo que admira; «las alabanzas de su madre son las que han hecho de él un soldado». Impotente contra sí mismo, incesantemente agitado por el hervor de una sangre demasiado ardorosa, él ha sido siempre el brazo; ella ha sido siempre el pensamiento. Obedece por un respeto involuntario, como un soldado delante de su general; pero ¡con qué esfuerzos! «Vencer su corazón; poner en sus mejillas la sonrisa de los bellacos, y en sus ojos lágrimas de escolar; trocar su valor en cobardía de cortesana; doblar la rodilla como un mendigo que ha recibido limosna!» Mejor querría «poner debajo de la muela el cuerpo de Marcio y arrojar su polvo al viento».

«Calmaos por favor, madre; me voy á la plaza del mercado. No me riñáis más. Voy á embaucarlos y á volver idolatrado por todos los oficios de Roma. Ya lo véis, allá voy.»

Va, y hablan por él sus amigos. Salvo algunas salidas amargas, parece someterse. Entonces el tribunal pronuncia la acusación y le manda responder como traidor al pueblo.

«¡Que el fuego del infierno más profundo envuelva al pueblo! ¡Llamarme traidor! ¡tú, insolente tribuno! Así en tus ojos hubiese veinte mil muertos, y en tus manos veinte mil millones y en tu boca embustera las dos cifras, te diría en tu cara que mientes con una voz tan segura como cuando rezo á los dioses.»

Le rodean, le suplican. No escucha nada, está furioso como un león herido.

«Que me condenen á ser precipitado de la roca Tarpeya, á vagar en el destierro, á ser desollado, á consumirme en una prisión con un grano de trigo al día; yo no compraría su gracia al precio de una palabra amable, ni me doblegaría á decir «buenos días» siquiera, por obtener nada que me diesen.»

El pueblo le destierra y apoya con sus aclamaciones la sentencia del tribuno.

«Perros villanos, cuyo aliento odio como el vapor de los pantanos corrompidos, cuyo amor aprecio al igual de las carroñas insepultas que me apestan el aire, con desprecio os vuelvo la espalda, así. Hay un mundo en otra parte.»

Júzguese su odio por esos rugidos. Ese odio va á crecer con la espera de la venganza. Hele ahí ahora delante de Roma con el ejército volsco. Sus amigos se arrodillan delante de él; no los levanta. El viejo Menenio que le había querido como á un hijo, no llega á su presencia sino para verse expulsado. «Ni mujer, ni madre, ni hijo, no conozco á nadie ya.»—A quien no conoce es á sí mismo. Porque la fuerza con que odia un gran corazón, es la misma que la fuerza con que ama. El tiene transportes de ternura como tiene transporte de rabia, y tan imposible le es contenerse en la alegría como en el dolor. A pesar de su resolución, corre á los brazos de su mujer y dobla la rodilla delante de su madre. Había llamado á los jefes volscos para que fuesen testigos de sus repulsas, y delante de ellos lo concede todo y llora. De vuelta á Corioles, una palabra insultante de Anfidio le pone furioso y le precipita sobre los puñales. Vicios y virtudes, gloria y miserias, grandezas y debilidades, todo se lo ha dado la pasión sin freno que constituye su ser.

Si la vida de Coriolano es la historia de un tempe-

ramento, la de Macbeth es el relato de una monomanía. La predicción de las brujas se ha clavado en su mente desde el primer momento como una idea fija. Poco á poco esa idea corrompe á las otras y transforma todo el hombre. Se ve asediado por ella, olvida á los thanes que están á su alrededor y le aguardan, divisa ya á lo lejos un caos confuso de visiones sangrientas.

«¿Por qué cedo á esta tentación cuya horrible imagen me eriza los cabellos, y hace saltar contra el pecho mi corazón?... Mi pensamiento, donde el asesinato es puramente imaginario todavía, altera de tal modo mi pobre ser de hombre, que la acción queda suspendida en la espera, y no existe nada más que lo que no existe.»

Ese lenguaje es el de la alucinación. La de Macbeth llega á ser completa cuando su mujer le decide al asesinato. Ve en el aire una daga manchada de sangre, «de forma tan palpable como la que saca del cinto». Todo su cerebro se puebla entonces de fantasmas grandiosos y terribles que no hubiese engendrado la imaginación de un asesino vulgar, y cuya poesía denota un corazón generoso, esclavo de la fatalidad y capaz de remordimiento.

«Ahora en una mitad del mundo parece muerta la naturaleza, y pesadillas nefastas turban el sueño cobijado entre cortinas. Ahora las brujas celebran los sacrificios de la pálida Hécate, y el escuálido Asesinato, á quien despierta su centinela, el lobo, anunciándole la hora con su aullido, se desliza como un espectro hacia su designio con paso sigiloso. (*Suena una campana.*) —Voy, y cosa hecha. La campana me invita. No la escuches, Duncan, porque es un doble que te llama al cielo ó al infierno.»

Ha consumado el hecho, y vuelve tambaleándose como un beodo. Le horrorizan sus manos llenas de sangre, sus manos de verdugo. Nada las lavará ahora. Así pasase el mar entero por ellas conservarían el color del asesinato. «¡Ah! ¡qué manos son éstas! ¡me arrancan los ojos!» Se acuerda de una palabra que pronunciaron los guardias adormecidos; dijeron *Amén*. «¿Por qué no he podido yo repetir esa palabra? ¿Por qué no he podido decir *Amén*? Bien necesitaba yo de bendición; pero el amén se me atragantaba en la garganta.» Tras esto le asalta un sueño extraño, una previsión horrenda del castigo. Al través de los latidos de sus arterias y de los zumbidos de la sangre que le hierve en el cráneo, oye gritar:

«¡No duermas más! Macbeth, asesina al sueño, al inocente sueño, al sueño que desata la enmarañada madeja de los cuidados y preocupaciones, muerte de la vida de cada día, baño reparador de la labor penosa, bálsamo de las almas heridas, principal alimento en el banquete de la existencia.»

Y la voz, como la trompeta del ángel, le llama por todos sus títulos:

«¡Glamis ha asesinado al sueño, y por eso Cawdor no dormirá más, Macbeth no dormirá más!»

Esa idea loca, incesantemente repetida, zumba en su cerebro con ecos monótonos y precipitados, como el badajo de una campana. Empieza el desvarío; toda la fuerza de su pensamiento sirve para mantener ante él, á pesar suyo, la imagen del hombre que acaba de asesinar dormido.

«¡Conocer mi acción!... Más valdría no conocerme á mí mismo. Despierta á Duncan á fuerza de llamar. (*Llaman.*) ¡Sí, y pluguiera á Dios que pudieses!»

Desde entonces, en los raros momentos en que cede

la fiebre de su espíritu, es como un hombre extenuado por larga enfermedad. Se asiste á la postración taciturna del maníaco anonadado por sus accesos.

«Si yo hubiera muerto siquiera una hora antes, hubiese vivido una vida feliz: porque desde este punto no hay ya nada serio en la condición mortal; todo es fútil; el renombre y la gloria han muerto. Se ha extraído el vino de la vida, y no quedan más que las heces en la bodega.»

Cuando el descanso ha devuelto algunas fuerzas á la máquina humana, la idea fija vuelve á sacudirle y le empuja por su pendiente, como jinete despiadado que deja un momento su caballo jadeante para montar segunda vez y espolear á la bestia al través de los precipicios. Cuanto más ha hecho, más va á hacer. «Me he engolfado en tal mar de sangre que, aunque me detuviese, tan repulsivo sería volver atrás como seguir hacia adelante.» Mata por conservar el precio de sus asesinatos. El fatal círculo de oro atrae sus ojos como una joya mágica, y por una especie de instinto ciego derriba las cabezas que se interponen entre él y la corona.

«¡Desquiciése la armazón del universo y caigan ambos mundos, antes que resignarnos á comer el pan con sustos y zozobras y á dormir atormentados por estos terribles sueños que todas las noches nos agitan! Más valdría estar con los muertos á quienes hemos dado la paz de la tumba, por llegar adonde hemos venido, que yacer en un delirio sin reposo, sufriendo las torturas del alma.»

Manda matar á Bancuo; y en medio de un gran festín le llevan la noticia de su muerte. Sonríe, y brinda por la salud de Bancuo. De pronto, herido por su conciencia, ve el espectro de su víctima: porque

ese fantasma que presenta Shakspeare no es un artificio de teatro; se ve que aquí lo sobrenatural es inútil, y que Macbeth se forjaría el fantasma, aunque no se le enviase el infierno. Con los músculos crispados, con los ojos dilatados, con la boca entreabierta por un terror monstruoso, le mira mover la cabeza ensangrentada, y grita con esa voz ronca que no se oye más que en las celdas de dementes:

«¡Haz el favor de ver! ¡Fíjate! ¡Mira! ¡Ah! ¿qué dices ahora? Si los osarios y las tumbas nos devuelven así á los que enterramos, entonces nuestros monumentos no son más que buches de buitres. ¡Atrás! ¡Quítate de mi vista! ¡Que te trague la tierra! Tus huesos no tienen tuétano, tu sangre está helada, no hay mirada en esos ojos que relumbran.—En otro tiempo, al salirse los sesos, los hombres morían, y se había acabado todo. Pero ahora, con veinte heridas mortales en el cráneo, vuelven á levantarse, y nos echan de nuestros escabeles.»

Temblando como un epiléptico, apretando los dientes, echando espuma por la boca, cae desvanecido, con los miembros convulsos, con la respiración anhelante, con un hipo sordo que levanta su pecho y muere ahogado en la garganta. ¿Qué alegría puede quedar á un hombre asediado por tales pesadillas? El ancho campo sombrío que contempla desde las alturas de su palacio no es sino un campo de muerte por donde rondan apariciones fúnebres. Escocia, que él despuebla, es un cementerio «donde ya, cuando doblan las campanas, no se pregunta por quién doblan, donde la vida de los hombres de bien se extingue antes que las flores de sus sombreros». Su alma «está llena de escorpiones». Se «ha emborrachado de horror», y el olor de la sangre le ha estragado el gusto para todo lo de-